

El

Escribe: BENHUR SANCHEZ SUAREZ

Al principio el hombre creyó que todo era lo mismo. Que sucedería lo de siempre: pasar y verlo hacer sus gestos de todos los días. Pero no. Esta vez algo le quedó bullendo dentro. Tantos homicidas, genocidas, suicidas, pensó al mirarlo. Pero se detuvo ahí: todos pensarán lo mismo, se dijo sacando sus manos del bolsillo para pasárselas por la frente sudorosa. Jajeji ja-je-ji hacía El y luego pshsss pshssss shsssssss. Blanqueaba los ojos y escupía. Se paró a mirar al hombre. No ya el acostumbrado paseo de los ojos sino el detenimiento, como si encontrara en ese rostro algo que había existido en su interior y que nunca había podido precisar. Su interés iba aumentando por momentos, no tanto por su figura sino por sus gestos —esos gestos que había visto tantas veces pero que solo ahora le producían un pensamiento distinto a la rutina—, el ir y venir de sus manos y sus labios pliegándose, sus ojos parpadeando, sus pies que no se estaban quietos. Pues claro, el viejo Antonio, por él tuvo que ser. Lo miró largamente. Adelantó unos pasos, casi pegándose al corrillo de curiosos que como él seguían los movimientos, y permaneció ahí olvidándose de la hora de entrada a la oficina, de su mujer que ese día hacía bizcochuelos y dulce de brevas, del perro al que no le había dado su ración diaria, de su esperanza de tener carro alguna vez —¡es que esos malditos buses siempre llenos lo jartan a uno!—, de su hijo que había perdido el año en el colegio, de su hija que se había casado contra su voluntad con un sinvergüenza que la había abandonado, de... Fíjamente, así, sin perder movimiento alguno, como si en ello estuviera concentrada toda su vida, el hombre parecido al hombre de sus adentros, al otro que giraba en sus recuerdos. era que recordaba el hilo de sangre que recorría las mejillas del cadáver en ese entonces

le parecía que cantaba como cantaba en la cantina cuando estaba borracho era que creía que todavía podía decir con su manera acostumbrada de decir las cosas muy buenas don antonio madrugador hoy? que eran mentira esos ojos inexpresivos que ya no miraban a ninguna parte esas manos que parecían estar afe-rradas del cemento esa boca infectada de moscas y ese cabello como chorreante pegajoso color chocolate sangre seca pegándole el cabello al suelo polvoriento era que recordaba el cadáver el hombre muerto por culpa del recién llegado de siempre el muerto que empezaba a darle la certeza de sus predicciones. Lo miró a los ojos. Supo que el otro no lo miraba, que no lo reconocería nunca, porque sus ojos giraban en el vacío vertiginosamente como si buscaran a su alrededor algo que hubiera perdido hacía mucho tiempo. ¡A esos locos debieran recluirlos en el manicomio!, dijo alguien y sintió rabia, ¡Lo que pasa es que allá no hay campo para tanto loco! contestó otro con sonrisa estúpida. Ja-je-ji-pshsssssss. Le buscó en las manos el objeto de esa movilidad. Pero no. Ni música. Ni siquiera un atisbo de alegría que pudiera ser la causante de su conducta. El rostro se le fue tornando más exacto. No encontró nada en los pies que se movían. Vio cómo El se iba agitando cada vez más, como si la gente que se congregaba lo impulsara a más movimientos, cómo sus ojos no se estaban quietos ni sus manos hallaban reposo en el aire frío, oloroso a fritanga y escape de carros. Sus ropas no podían estarse quietas porque las manos las llevaban de aquí para allá en un desnudarsevestirse interminable. ¡El gobierno debería...! ¡Cállese, carajo! ¡No ve que es por hambre? ¡Cuando hay hambre la gente pierde los estribos...!, y alguien, más allá, con voz chillona: ¡Si no hay trabajo ¿cómo quieren que tengan qué comer?!, la gente diciendo, aventurándose, arremolinándose ante el hombre de los gestos, el hombre del saco hasta las rodillas, los pantalones rotos, la piel tiritando, El. era que recordaba cuando había venido para conseguir esos zapatos que llevó toda la vida en ese entonces las alpargatas que había traído se habían perdido en una caneca y se instaló en el pueblo primero con su cacharro de cien pesos y luego con su almacén de miles de fincas ¡cuántos muertos maldita sea! ¡cuántos desposeídos! y luego sus tabacos olorosos y sus camisitas almidonadas era que desde entonces sabía que él no podía ser bueno toda la vida que un día alguien quedaría chorreando sangre por su causa que alguno se estiraría en el cemento (ves el cadáver ves sus manos que parecen poder volver a señalar los puntos car-

dinales) con suave paciencia con ojos desorbitados sin tiempo para asustarse sin palabras para protestar por la mano que empuñó el revólver que un día todos empezarían a tener miedo de haberlo dejado llegar con su facilidad de pasos aprendidos de memoria (la certeza de tus presentimientos te acordarás de todo se acordarán de mi les dijiste y luego) pero ya sin manera de arreglar las cosas solo el tiempo exacto del arrepentimiento era que sabía que solo quedaban sus camisitas almidonadas y sus anteojos amarillentos su manera de venir por la calle con sus pasos lentos ceremoniosos el hombre poderoso llegado en un tiempo imprecisable ese hombre al que ya no se le podía decir quiubo sino don-don-que-tal-don-cómo-esta-don o señor-tal-qué-tal-señor y la inclinación de la cabeza los sombreros en las manos y claro entonces no podía menos que recordar al hombrecito estirado en el cemento llamado roberto o jaime o jacinto con su boca de pepitas de oro como si todavía se riera en la cantina en las fiestas de sanpedro ese que le dijera al don-don quiubo antonio que era lo que más le disgustaba al almidonado señor-don recién llegado hacía tanto tiempo (te pusiste a decirles lo verán lo verán y ahora lo sabes) No le preguntó nada. Qué ridículo. No tenía por qué preguntarle nada aunque su rostro, tantas veces mirado, fuera volviéndose familiar, el rostro del hombre que quedara en la ruina, el hombre de los gestos, El. Me contaban que don Antonio se había venido para acá a representar al pueblo, que vive en una casa quinta por allá al norte y vean a este, tan parecido al que quedó en la ruina por su culpa, diciéndose sin rabia, más bien con una angustia secreta, un deseo de alejarse y al mismo tiempo permanecer ahí para socorrer en algo a ese hombre de los gestos iguales al de sus adentros. Sus ademanes decían mucho más que cualquier palabra que hubiera pronunciado después del ja-je-ji. Se perdía El en esos movimientos. El ya no tenía por qué dar ninguna explicación. Lo miró retomando sus gestos —los gestos de hacía tantos años, cuando reía y reía y movía las manos y decía cosas—, su mirada, sus pies, sus manos. Retomó sus ojos en la claridad del polvo amarillo del aire, no preguntó nada. Hubiera querido preguntarle de dónde era, aunque lo supiera de antemano. De su misma tierra, El. Pero era que le daba pena con la gente ahí reunida. ¿Por qué esos pantalones raídos? ¿Por qué esas alpargatas, Jesús? Culpa del otro. ¿Te llamas Cupertino? ¿Fue por don Antonio? Hubiera querido preguntarle, pero ya no. Se sintió indeciso porque después de tanto verlo lo asaltaban las preguntas: —todos

los días venía con su cigarrillo matutino y El tiritando en ese sitio, gesticulando, la monedita tirada en el sombrero tirado en el suelo y ni siquiera tiempo para el recuerdo—. Ahora sí: angustia, temor y miedo. Era que sabía que él había llegado en el preciso momento en que el pueblo no podía hacer nada nuevo en el momento en que se habían conformado con su suerte en el instante mismo en que el hastío se había hecho dueño y señor del pueblo era que recordaba cómo había llegado viéndolo palpándolo casi sus alpargatas embarradas y sus ojos móviles su camisa desgarrada su cacharro de cien pesos y era que también sabía que en esa mirada había mucha decisión entonces fue cuando todos empezaron a sentir el pesar de no haber hecho nada y lo dejaron hacer pero sospechando que muchos morirían que muchos quedarían en la ruina presentían que el hombrecito de los gestos por no respetarlo y decirle quiubo un día amanecería sin nada. Cerró los ojos. lo había visto venir sin tristeza más bien con la esperanza de poder hacer lo que no había hecho toda la vida. Volvió a abrirlos. El no cesaba de masticar una comida imaginaria. El plegó las mejillas y al mismo tiempo cerró y abrió los ojos. Giró sus manos ciegas, hizo extraños signos en el aire. Volvió a cerrar los ojos para no verlo, porque El lo martirizaba, porque El lo lanzaba al principio de esa angustia. Cuántos hombres, pensó, estarán en las mismas condiciones. ¡Maldito Antonio! El automóvil que pasó pitando, la multitud que pasó pisando las escupas, el perro que orinó en la esquina, no tuvieron capacidad para interrumpir el rito de los gestos. El se movió más rápido. El aceleró el ritmo de sus pies. El se tiró al suelo y se levantó jadeando. El no escuchó la música del BAMBUCO-DISCOS-DETODACLASE cercano ni los pitidos de los carros. El vivía en otro mundo. (¿te acordás del almacén que tenías y que perdiste por decir quiubo?). había venido con el firme propósito de ser lo que no había podido ser toda la vida se veía ese deseo en los ojos esa ambición desmedida y lo había conseguido a costa de todo no se supo cómo pero lo había conseguido a la gente ya no le importaba el cómo sino esa angustia que empezaron a sentir después la angustia de no haber podido hacer lo que debieran haber hecho ellos lo sabían era que le parecía ver al hombre desangrándose desaguándose el hombrecito estirado en el cemento y el don-don con su tabaco de siempre perfumado como los perfumados jasmínes del lugar que nunca conocieron caminando por la calle sin recordar o haciéndose el olvidado de cómo había llegado porque ahora se sentía el don-

don-don don respetado no por su pasado sino por su crueldad y el cadáver acusando el aire el cadáver llenándose de moscos en todos los orificios de su cuerpo y el otro cuándo vino y él cuándo murió y quién lo mató haciéndose el desentendido solo la muerte de sus ojos ahí mismo esos labios pisoteados por las moscas esos que podía decir él me mató pero que ya no podían ellos mirándolo y sintiendo los pasos de don-don antonio-don con sus zapatos de toda la vida era que lo recordaba sin quererlo era que no podía dejar de verlo de tenerlo presente como si fuera ahora ahora que mira al señor granseñor ahora que tiene pena de no haber empezado a ser lo que debía ser ahora que tiene dolor del agua desperdiciada y de los precios altos ahora que siente pesar del hombre estirado en el cemento y no solo él sino todos los muertos por la misma causa ahora que el don-don camina como si no recordara sus alpargatas ahora que el don-don estira las manos que ya no saben del angustioso pedido de unos pesos por un objeto sin valor que señaló su vida de comerciante ahora ahora ahora Volvió a abrirlos en el preciso momento en que El se agachaba y se estiraba en su ejercicio interminable. Le pareció que el rostro adquiriría dimensiones distintas, insospechadas quizá, que se multiplicaba en miles de rostros parecidos a aquellos que sufrían en los rincones oscuros de las calles, aquellos que pedían limosna, aquellos que robaban, aquellos que se prostituían, que asesinaban, que dormían en las aceras cobijados de periódicos. Maldita sea! dijo. Dijo y lo miraron. Lo miraron con sorpresa. El no interrumpió su ceremonia aunque pareció haber escuchado a su paisano. Ja-je-ji-jajeji. ¿Fue don Antonio? Para qué preguntar. Le dio la impresión de que todos los olores se concentraban en El: olor a cerveza y a mujer recién parida, a caballos destripados, a cadáveres insepultos, a fritanga de calle diez, a perfume de mujer de carro y amantes, a loción de hombre de negocios, a sudor de carguero de fábrica y perforador de calles sin pavimento, a humo de cigarrillo americano y tabacos de tres por veinte, a aguardiente falsificado y whisky de American Restorant. era que sabía que había llegado para imponerse así tuviera que recorrer todos los caminos trajinados y no trajinados lo había visto dejar en el cemento al hombre que le decía quiubo y en la ruina al hombrecito de los gestos que siempre había tenido un almacén mejor que todos ahora no era toño sino don antonio el señor galarza don antonio galarza de la fuente y cosas de esas con archivo con de de españa vieja con raigambre de cosas desconocidas ese que había llegado

con nombre prestado y alpargatas sucias el hombre vale por lo que viste y por el apellido? ese que había llegado para decir yo soy el que mando el que ahora fuma tabaco americano el que fue consejal pido la palabra: podría pedir que se acabe la sesión? y alcalde decreto tres días de fiesta y estado de alegría permanente y diputado y representante y hablador de palabras en desuso pero buen hablador bailador de bailes raros violador de sirvientas y muchachitas de quince años novio de la gran hija de tal él él él Volvió a cerrar los ojos. Entonces le vino la claridad de los gestos: esa angustia que venía gestándose en los rostros desde hacía tanto tiempo, esa degeneración a que habían sido lanzados un día sin número previsto (nueve de abril?) esa cantidad, multitud interminable de muertos que empañaban los campos y las ciudades, ese oscuro reducto de sacudidas violentas y de aullidos lejanos. (pero si eres tu a esto hemos llegado? me acuerdo cuando quedaste sin almacén porque don antonio te cargó de deudas con el objeto de quedarse con tu almacén pero qué va eres el mismo? entonces también hacías gestos solo que ahora como que te has alocado más). entonces habían bajado los muertos de la loma y los viajantes de fusiles gastados y se habían hecho amigos muy amigos y por eso lo habían colocado en el pedestal con sus tabacos finos y lo habían llevado a sitio de respetable el más respetable el comerciante de caminos largos y oscuros el comerciante que ya era dueño de todos los almacenes y todos los negocios fincas peones haciendas casas él él él por quien debían votar todos so pena de los más sinceros pésames y los viajantes no perdonaban a quienes no estaban de acuerdo con él él él era que recordaba todavía los ojos abotagados inyectados que anunciaban su nombre por todas partes si señor-don por él él él don antonio y su chaleco de representante del pueblo su tabaco de alcalde y entonces los muertos se habían puesto de parte suya fue cuando hizo lo que nadie en el pueblo se había atrevido a hacer fue cuando olvidó por completo su procedencia y olvidó la manera como había llegado y su condición de comerciante de cacharros viejos a alto precio y se encumbró se deslumbró y los deslumbró los apabulló con la ayuda de los viajantes que también venían de la loma y los obligó a oler sus cigarrillos americanos y los obligó a sentir sus pasos de botas recias y duras era que también se le venía el rostro del cadáver su gran boca de pepitas de oro abierta al aire y a las moscas el hombre que decía quiubo y no estaba de acuerdo con eso de don antonio y recordaba también que les había pesado

haberlo dejado hacer lo que había hecho pero ya era tarde cuando empezaron a pensar las cosas era era era Cuando abrió los ojos el se revolcaba en el suelo. Brincó y se estiró, abrió los ojos en blanco, abrió los pies de dedos ampollados. Era El. Entendió el por qué. La gente que pasaba lo miraba con lástima. Alguno reía. Un carro reía una frenada a la orden del semáforo. Un anciano tiró una moneda en el sombrero tirado en el cemento, una moneda que El no pudo ver. Los policías se bajaron del radiopatrulla y dispersaron a culatazos y bolillo a las personas. Sintió una tristeza rara. Entonces lo vio. Lo vio cuando empezaba su lento desplazarse del lugar. Entonces lo saludó como de costumbre, como si lo viera todos los días, con un poco de amargura en las palabras:

—Don Antonio buenas tardes

y se alejó haciendo sonar sus zapatos en el pavimento.